

Trabajo Fin de Grado

Mujeres, muerte y narración en *Plácida, la joven*
Women, death and narration in *Plácida, la joven*

Autora

Sandra Villanueva Buesa

Directora

M^a Ángeles Ezama

Facultad de Filosofía y Letras
2018

Resumen

El trabajo consiste en el análisis de *Plácida, la joven* de Elena Quiroga, atendiendo de manera exhaustiva a los personajes femeninos y/o narradoras que aparecen en ella. Para ello, dedicaremos un primer capítulo a analizar la muerte de la protagonista puesto que es lo que provoca la escritura del relato y nos ayudará a comprender mejor los siguientes. El capítulo segundo consta de un análisis de los personajes femeninos atendiendo a su caracterización física y moral y a su discurso. Por último, en el tercer capítulo trataremos de describir la manera de contar que tiene cada personaje-narrador. Cada uno de estos capítulos se desarrollará mediante un análisis detallado de la novela y con el apoyo de alguna bibliografía metodológica y de contexto.

Abstract

This dissertation will focus on the analysis of *Plácida, la joven* by Elena Quiroga, focusing on feminine characters and narrators that appears on it. Thus, it will begin with a first chapter analysing the death of the protagonist because it is what causes the writing of the novel and it will help to understand next chapters. The second chapter consist on the analysis of feminine characters attending to the physical and moral characterization and their discourse. Finally, in the third chapter, it will describe the particular way of narration of each character-narrator. Each chapter of the work will be carry out by a depth analysis of the novel and with the support of some methodological and contextual bibliography.

ÍNDICE

1. Introducción.....	4
2. La muerte de Plácida.....	6
3. Personajes femeninos.....	12
4. Narradoras.....	34
5. Conclusiones.....	43
6. Bibliografía.....	45

Introducción.

En las siguientes páginas trataré sobre la novela corta escrita por Elena Quiroga que se titula: *Plácida, la joven* (1956). El principal motivo por el que he elegido tratar a esta autora de la época de posguerra es porque ha sido una de las menos estudiadas hasta el momento y sus obras resultan igual de interesantes. La elección de esta novela en particular se debe a que las mujeres son los personajes fundamentales. Trataremos cómo son estos personajes femeninos, cómo se comportan y cómo se relacionan.

Elena Quiroga ha sido una escritora poco valorada y de ahí que apenas haya estudios sobre ella. El trabajo más exhaustivo sobre la autora es *Elena Quiroga* (1977) de Phyllis Zatlin Boring. En este trabajo Phyllis Zatlin trata cuestiones biográficas puesto que la que conoció personalmente; así como cada una de sus obras explicando los aspectos más interesantes. Otros estudios tempranos sobre Elena Quiroga son: *Traditional and Contemporary Elements in the Novels of Elena Quiroga* (1961) de Marianne Schafer o *El mundo juvenil en las obras de Elena Quiroga* (1975) de Ana María Aznar Barbod. Además de estas tres fuentes, contamos con varios estudios más generales sobre Elena Quiroga como *La novela femenina contemporánea (1970-1985): Hacia una tipología de la narración en primera persona* (1994) de Biruté Ciplijauskaitė o *Discurso femenino en la novela española de posguerra: Carmen Laforet, Ana María Matute y Elena Quiroga* (2001) de Rosa Isabel Galdona Pérez. También contamos con el prólogo de Gregorio Torres Nebrera a su edición de *La enferma* (2013) que se centra en una de sus novelas. Como vemos, son pocos los estudios y casi todos lejanos en el tiempo.

Los objetivos de este Trabajo Fin de Grado serán conocer la forma de escribir de la autora y descubrir lo que hay detrás de las palabras y acciones de los personajes que representa. Nos centraremos en los personajes femeninos puesto que son los que tienen el protagonismo absoluto y son, por tanto, elementos indispensables de la trama. Esto ya lo podemos deducir por el título ya que es el nombre de una mujer que se llama Plácida.

El presente trabajo se divide en tres capítulos; el primero trata sobre la muerte de Plácida, que es el hecho que provoca la narración; el segundo sobre los personajes

femeninos, atendiendo a su caracterización física y moral; en el tercero, sobre los personajes femeninos en su función de narradoras.

La metodología utilizada se basa en el análisis detallado de la novelita con el apoyo de algunas referencias bibliográficas que nos ayuden a situar la novela en su contexto social; además, para el análisis de los personajes y/o narradoras he utilizado algunos conceptos de semiótica y narratología de Bobes Naves, Genette y Bajtín.

I- LA MUERTE DE PLÁCIDA

La historia de Plácida no se cuenta desde que nace hasta que muere sino que se trata de una narración *in extremis*; el relato comienza a partir de la muerte de la protagonista, y a raíz de ahí se empiezan a relatar sucesos, experiencias e historias de la protagonista y de los personajes de su entorno. La muerte de Plácida es el detonante que hace que la narradora principal empiece a escribir y a cuestionarse. Está escrito en forma de epístola en la que se dirige a su pareja que se encuentra en la ciudad. El relato en sí mismo consiste en una especie de introspección individual que hace que se convierta en una narración escrita desde la tristeza y el remordimiento, sentimiento que manifiesta desde el primer momento: “y todo lo percibo a través de esta suerte de entristecido estar” (Quiroga, 1985: 11)¹. La narradora principal se da cuenta, a raíz de la muerte de Plácida, de lo poco amables que han sido tanto ella como su pareja con ella: “y tú y yo insensibles a nada que no fuera nosotros mismos...miraríamos vagamente aquella imagen habitual de una mujer trabajadora y grávida junto al carro chirriante.” (p. 11). Se arrepiente y le duele que siendo personas procedentes de la ciudad, que podrían haber actuado de otra manera en comparación con la gente de la aldea no se hubieran preocupado por ella: “que nosotros, civilizados, expertos, no le hayamos dicho: -¿Necesita usted algo?”(p.13). Sobre todo con respecto a las mujeres de la aldea:

Las mujeres de aquí se asombrarían si supiesen que yo, la única que no la conocí, que no acudí a su *¡Veciñas, acolleime!*, que no he subido a verla cuando la belleza del descanso la transfiguró, sigo pensando en Plácida [...] Han aceptado el tiempo mientras yo me rebelo, porque pienso. Ellas no tienen tiempo para pensar, o quizá piensen como rumian las vacas, inconscientemente (p. 64).

El tiempo para la narradora principal no transcurre de la misma manera en la ciudad que en la aldea: “Al menos, yo, desde que traspongo el portón, al llegar en verano, empiezo a fusionar horas y días.” (p. 28). La narradora principal en la aldea desconecta totalmente y llega a perder la noción del tiempo. Sin embargo, su hermana Eduarda, que es la que vive ahí todo el año, no fusiona los días: es consciente de los días que van pasando, quizá porque esa es su realidad permanente.

El tiempo en relación con la muerte también pasa de distinta manera en la ciudad y en la aldea. Mientras la narradora principal al día siguiente sigue pensando en la muerte de Plácida, las mujeres de la aldea actúan como si eso hubiera pasado hace muchísimo tiempo, como si no pensarán, pasaran a otra cosa sin más y la muerte de Plácida ya estuviera superada (el ciclo de la vida):

¹ En adelante, citaré este libro indicando únicamente el número de página.

Han bajado al campo de mañana, como siempre. Están todas a vendimiar y la uva, no sé por qué provoca risa, cosquilleante alegría de vivir en sus cuerpos [...] si alguna se refiere a Plácida, mordisqueando una uva: -También la pobre, tú... Lo hace como a un suceso inexorable, como un irremediable pasado ya. La querían, era de ellas [...] no es ya su compañera [...] Ayer hubo unas horas para llorarla, otra hora para llevarla -y fue a hombros de ellos hasta la tierra- y hoy es hoy... (p. 64).

La narradora principal también acusa la diferencia de los tiempos (evolución, progreso) que acaecían entre la sociedad de la ciudad y la del campo; esta diferencia ha condicionado y provocado la muerte de Plácida puesto que para ella (mujer que vive en la ciudad) no se ha hecho lo suficiente por ella en el parto (el médico, el dinero):

No se podía prever, de acuerdo. [...] Pero yo no sufriría esta sensación de complicidad si algo se hubiese intentado a tiempo, si se hubiese hecho por ella lo posible, si en octubre de mil novecientos cincuenta y cinco no me diera cuenta de que la civilización no ha llegado a todos en su más noble aspecto: el remedio, la idea, la eficacia. Han llegado el teléfono, la radio, el multicolor, la trilladora -tan sólo lo manual-, no el noble conocimiento humano. Por otra parte, el médico más próximo vive a seis kilómetros de aquí. Puede no hallarse en casa; murmuran en la aldea si llamas a un médico sólo para eso -«eso» era el morir-, cuesta dinero... (¡Pobre Plácida!) Quizá, si viene, receta y no pueden comprar, o aconseja: «Quietud.» O: «No hacer ejercicios violentos. Pasear...» Estoicamente no se le avisa (p. 45).

Plácida muere con placidez, como su mismo nombre nos lo anticipa: “Ahora pienso que era raro que los perros no aullasen. ¿Quizá Plácida se fue de tan mansa manera que era como si se nos muriese un ternero? ¿Por qué los perros aúllan sólo por los humanos cuando mueren?” (p. 17). Como veremos, la relación que existe entre Plácida y la naturaleza es constante y estrecha y eso también queda reflejado en su muerte; esto es así porque aparece descrita en términos de la naturaleza, como si ella formara parte de ella. La muerte de Plácida que ha caído más hondo en todos que el un astro, pues se une plenamente con la naturaleza: “Y era más hondo aquel caer de Plácida, fugaz, silencioso, sin huella, que el de un astro” (p. 36).

Por otra parte, resulta llamativo que Plácida en vida sea descrita como una mujer que no es nada atractiva y que cuando fallece sea muy guapa hasta el punto de que guste mucho mirarla. El hecho de integrarse plenamente con la naturaleza es lo que la transforma y le aporta belleza: “ha perdido la forma humana, comienza a evolucionar, se integra con la tierra. Y al propio tiempo la quietud le confiere serenidad, grandeza, crece su chica talla hasta cubrirlo todo [...] que no he subido a verla cuando la belleza del descanso la transfiguró.” (p.63). Eduarda también hace una valoración positiva del aspecto físico de Plácida cuando está muerta:

Estaba guapa. No era guapa en vida, pero se le afinaron los rasgos, y la boca que tenía hinchada últimamente volvió a su ser, un poco entreabierta [...] Pero de viva se la veía mustia, tan trabajadora, y ahora parece que recobró la juventud que nunca tuvo. Ahí tienes: nunca me había fijado en que las cejas eran finas y curvadas. Tiene las uñas sucias, se hace raro en un muerto, sobre todo con las manos de aquel blancor, pero debía de tener la tierra metida hasta las yemas. (p. 52)

Plácida acaba estando tan guapa porque encuentra la paz y tranquilidad cuando fallece ya que en vida siempre ha estado trabajando sin descanso; como las mujeres del campo a las que describe Rosalía de Castro en el prólogo de *Follas novas*:

En el campo, compartiendo mitad por mitad con sus maridos las rudas faenas; en la casa, soportando valerosamente las ansias de la maternidad, los trabajos domésticos, la avidez de la pobreza. Solas la mayor parte del tiempo, teniendo que trabajar de sol a sol y sin ayuda para mantenerse a duras penas y mantener a sus hijos, y quizá aún a su achacoso padre, parecen condenadas a no hallar nunca reposo sino en la tumba (Castro, 1985: 22).

Aunque la protagonista se transforme cuando muere, mantiene un rasgo muy importante que tuvo en vida: el trabajo, y por ello, la tierra en las uñas:

Tan linda. Ni el día en que se casó estuvo igual [...] ¡Ay qué guapísima! No se cansan los ojos de mirarla. Y luego, ella, qué abiertos tenía aquellos ojos de la Angustia, como los lleva cerrados está como sin pena, nunca tan tranquila. Da gusto verla [...] hasta a los niños les gusta verla y entran y la miran. [...] pero se le afinaron los rasgos [...] Pero de viva se la veía mustia, tan trabajadora y ahora parece que recobró la juventud que nunca tuvo [...] Tiene las uñas sucias, se hace raro en un muerto, sobre todo con las manos de aquel blancor, pero debía de tener la tierra metida hasta en las yemas. (p. 52).

La muerte de Plácida no solo provoca la escritura de la narradora principal sino que también cambia el orden de la aldea; en todos repercute su muerte: “Bien sé que hoy nadie trabajará en la aldea porque Plácida ha muerto.” (p. 22). La muerte de Plácida ha llegado a todos ellos porque ella era de todos y de nadie y ese dolor es comparado con la llegada de la avena (fruto de la naturaleza como ella): “Por eso hoy, que ha muerto, el dolor es de todos, anda esparcido en todos los hogares, como avena aventada que ha penetrado por los quicios de las puertas.” (p. 40).

El fin de la vida de Plácida provoca distintos sentimientos: en la narradora principal, paralización; en la gente de la aldea, vitalidad; en la naturaleza, alegría; y en Salvador, tristeza.

En la narradora principal el sentimiento de la muerte ajena provoca una sensación de impavidez e incapacidad de moverse: “Una tristeza imprecisa, perezosa, paralizante.” (p. 20). Sin embargo, el sentimiento que provoca en la gente de la aldea es el contrario,

vitalidad: “Como si una latente vitalidad explotara cuando alguien muere, el pueblo, de repente, intensamente vive.” (p.22). Hay un contraste entre la actitud de la narradora principal y la actitud del pueblo ante la muerte. Esto podría explicarse porque para la gente del pueblo la muerte forma parte del ciclo de la vida y no tiene mayor importancia ya que es un hecho natural y las personas de la ciudad, como la narradora principal, no la asumen ni la ven de la misma manera.

El momento de la muerte de Plácida afecta a la naturaleza porque es parte de ella: “Porque el aire parece que lleva luz distinta, y la tierra huele apagada, conteniéndose, y en el estanque el agua chorrea amortiguada, queda: avergonzado todo porque Plácida ha muerto.” (p. 11). Esa misma tarde y noche el tiempo es desapacible porque Plácida ha muerto: “la noche bajaba rápidamente, había tardado en acudir y allí estaba fresca, traidora noche. O el frío no lo traía el aire: era frío de dentro.” (p. 36).

Sin embargo, al día siguiente de la muerte de Plácida hay un cambio puesto que la gente de la aldea está feliz y la naturaleza también lo está: “En la solana el olor fresco de la mañana, recién regada la tierra, pálido y dorado el sol, verdes y dorados los árboles.” (p. 47). La piel de los aldeanos se estremece, la canción que recuerda a Plácida es el sonido de todos ellos al trabajar, haciendo lo que hacía Plácida en vida. Es como si la naturaleza le hiciera un guiño a la protagonista:

Se ha levantado el sol, estremece la piel de alegría mientras sube la humilde, colectiva, poderosa canción del campo. No brota de las gargantas la canción [...] es el ruido de los pies [...] son las manos arrancando el racimo, el «chac» corto y expirante de la hoz sobre el sarmiento; son los chiquillos empujando las carretillas reventando las uvas (p. 64).

La alegría de la naturaleza al morir Plácida se transmite a los habitantes de la aldea: “Y esta alegría de la mañana de hoy [...] es como una explosión de aire, un aire ligero y grave, apretado de gozo para que lo respiren los humanos, que no atenúa su alegría cuando pasa sobre la tierra recién movida.” (p. 65).

La muerte de Plácida se asume como si del paso de las estaciones del año se tratase:

Esta gente sabe que Plácida ha dejado de ser. También la primavera se va, o evoluciona hacia el verano y el invierno... Y los años de una... Hay cosas que se van. Y Plácida ya es cosa. [...] Sube el chirrido agudo, emocionante, en tono mayor, como sube el día y el calor y el sol, todo lo que es vital. Oremos por Plácida [...] Subyacente en sus pechos generosos y simples, una nostalgia, un hueco, un sitio de la tierra en que faltan unos pies separados, rendidos (p. 66).

Mientras que lejos de la aldea, donde se encuentra su marido Salvador hay un tiempo triste: “Y el día será en aquellas costas –quién sabe-, brumoso, de menuda lluvia. Y él pensará en todo lo sucedido, y sin darse cuenta lo verá entre bruma y lluvia también.” (p. 71). Hay un contraste entre el sentimiento de la tierra en la que está Plácida y la tierra en la que no:

“y no sabe que está tan bajo el sol y la tierra tan buena, tan alegre. No habrá nadie que le cuente, cuando regrese, que hubo, en el día de hoy, un misterioso gozo de la tierra y del aire, impropios del otoño. Nadie para decirle que, en verdad, no parecía posible que, en la hora dorada y verde de una tarde tan dulce, una mujer que se llamaba Plácida muriera (p. 72).

La muerte de Plácida, paradójicamente, quita vitalidad al hombre que se la dio en vida:

Un hombre tonto. Ahí tienes, me imagino a un hombre inhibido durante unos instantes, privado de las funciones del ser, porque habrá habido un desgajamiento, un vacío o un paralizarse de todos sus resortes bajo aquel choque enorme, cósmico [...] Tierra...Pegó quizá, patadas a la tierra con sus botas de goma –pero era asfalto-, mientras se sorbía las lágrimas (p. 71).

La narradora principal hace una reflexión acerca de la muerte de Plácida: “Quizá tengas razón. Quizá fuese, simplemente, la alta hora de Plácida.” (p. 45). Probablemente necesitara morir para poder descansar lo que no descansó en vida y unirse plenamente con la naturaleza a la que pertenecía.

II. – PERSONAJES FEMENINOS

Para el estudio de los personajes vamos a basarnos principalmente en M.C Bobes Naves que define al personaje como:

un signo complejo que actúa como unidad de estructuración de la novela y que tiene un valor paradigmático en cuanto que forma serie con otras unidades de la misma clase a las que se opone por algún rasgo distintivo, y un valor sintagmático en cuanto que admite combinaciones con otras unidades en un discurso (Bobes Naves, 1984: 502).

Lo primero que deberíamos decir es que el personaje es un elemento fundamental y casi una exigencia de la novela por la naturaleza del género. El personaje se construye a lo largo del discurso y lo hace de distintas maneras y a través de diferentes sistemas sémicos.

El personaje novelesco, como propone M.C. Bobes (1984) lo podemos estudiar siguiendo este esquema: signos de *ser*, signos de *acción* y signos de *relación*. Los signos de *ser* son los que definen al personaje en forma estática: qué y cómo es. Los signos de *acción* lo siguen en sus movimientos y en sus transformaciones temporales y espaciales. Los signos de *relación* lo sitúan en un conjunto con otros personajes, con otras acciones y en un sistema de valores éticos, sociales, profesionales, familiares, etc.

Los personajes que aparecen en el relato no aparecen a la vez y tampoco se describe a todos desde el principio sino que se van caracterizando poco a poco, según los sucesos que se van relatando. Bobes Naves, M.C., destaca que:

El personaje se construye en el discurso con datos que van apareciendo en forma *discontinua* y que proceden de diversas fuentes informativas, principalmente tres: 1. El mismo personaje que, presentado como un nombre vacío, de valor meramente denotativo, va llenándose de contenido para el lector por medio de sus acciones, de sus palabras y de sus relaciones. 2. El personaje se realiza indirectamente por lo que otros personajes dicen de él, y por la forma de relacionarse con él; y 3. El personaje se construye también mediante los informes y datos que el narrador va ofreciendo sobre él (Bobes Naves, 1990: 58).

Los personajes se van construyendo de manera discontinua mediante tres fuentes informativas fundamentales que en algunos casos también se combinan. La primera sería la propia Plácida: sus acciones, sus palabras, sus relaciones. La segunda: lo que otros personajes dicen de ella y la forma en que se relacionan con ella. La tercera: informes y datos que la narradora principal (y las otras narradoras) ofrecen sobre ella. Y así con el resto de personajes.

Bobes Naves también apunta que los personajes principales están vinculados a la naturaleza de las funciones en las que intervienen mientras que los personajes

secundarios no tienen límites prefijados. Lo más habitual es que estos últimos sean el contrapunto de los principales y que expongan las diferentes formas de actuar entre unos y otros. Además de diferenciarse de los personajes principales, los secundarios son signos generadores de realismo ya que exponen de forma homológica los espacios sociales, profesionales y familiares de la sociedad en la que se sitúa el relato (Bobes Naves, 1990: 67). Esto último se cumple totalmente en nuestro relato puesto que los personajes secundarios del relato son los que por su forma de actuar ayudan a dibujar el contexto. Además de esto, las acciones de estos personajes secundarios no cambian a lo largo de la narración. En fin, si el personaje va construyéndose a lo largo del discurso mediante los datos que se van aportando, es al final cuando el lector puede darlo por diseñado.

Plácida, *la joven*

Plácida es la protagonista del relato. El nombre propio que forma parte de los signos de ser que hemos mencionado antes, a pesar de en un principio ser un signo sin contenido que solo tiene valor denotativo o señalativo puede acabar llenándose de rasgos de significación que proceden del modo de ser, de actuar y de relacionarse:

Podemos decir que el Nombre Propio que presenta al personaje de novela es un signo de valores denotativos inmediatos (sobre una referencia virtual) y de valores intensivos virtuales, que se irán formulando a medida que vayan apareciendo en el discurso del relato en forma discontinua, pero coherente, por medio de otros signos lingüísticos, los adjetivos y los verbos (Bobes Naves, 1984: 504)

El nombre propio, que es el signo de ser más inmediato ya nos llama la atención. “Plácida” desde un primer momento ya nos genera expectativas sobre la funcionalidad del personaje; así como su apelativo, *la joven*, nos aporta información acerca de su edad.

El apelativo, *la joven*, en Plácida puede considerarse un adjetivo caracterizador frente a otros personajes del relato puesto que Plácida se mueve en un mundo en el que tanto la narradora principal como Eduarda u otras vecinas son de mediana edad. Su edad ya sería un elemento que la distinguiría frente a los demás personajes.

De esta manera, el nombre de Plácida podría no significar nada pero poco a poco vemos cómo el nombre propio adquiere significación en relación con todo lo que le rodea y en las acciones que se describen. Al final de la narración es cuando se hace hincapié a la importancia y la connotación del nombre de nuestra protagonista: “«¡Plácida!», como se increpa al cielo con los puños apretados y la mandíbula tensa.

“«¡Plácida!», un nombre tan puro, tan silencioso, tan sencillo. En verdad, Plácida.” (p. 70).

Según afirma Jesús G. Maestro (1994: 475), los rasgos físicos, procedentes de una realidad en forma directa o analógica, resultan ser en el discurso novelesco signos caracterizadores de la función que desempeñan los personajes de la historia, y forman un sistema cuyas unidades significan por sí mismas, y por oposición dentro de la misma obra. En cuanto a los signos de descripción física de los que hablamos, M.C Bobes señala también que establecen relaciones de oposición respecto a los mismos signos de otro personaje (ojos pardos de Eduarda y ojos negros como la Virgen de la Angustia de Plácida). Hay que añadir que los signos de descripción física también pueden relacionarse con los de acción o relación del mismo personaje: Plácida tendrá unos rasgos físicos que pueden concordar con sus movimientos y relaciones con los demás. En *Plácida, la joven* no todos los personajes del relato aparecen descritos físicamente pero en los casos en los que sí aparecen los rasgos físicos, resultan útiles para relacionar su aspecto con la imagen que pueden aportar de su interior. Esto ocurre con el caso de la protagonista Plácida ya que los rasgos físicos que la describen cuando está viva son de gran utilidad para deducir la función que desempeña en la historia: “Era así delgaducha, morena, con los ojos como la Virgen de la Angustia, con perdón”. Con esta descripción ya podemos pensar en una mujer algo insignificante y los ojos que aparecen comparados con los de la Virgen de la Angustia con los que nos imaginamos a una mujer de mirada triste y cansada.

Se distinguen tres descripciones físicas diferentes de Plácida en el relato: la apariencia cuando era una niña, la apariencia cuando estaba embarazada y se había casado y la apariencia una vez que ha fallecido.

Cuando era pequeña se hace una descripción física de Plácida como una niña diferente al resto de las niñas de la aldea: “Dice Eduarda que era modosita, menuda, con la cara afilada y grandes ojos [...]” (p. 39). En apariencia física no debía de parecerse a la gente de mar como los de su aldea como dice Clotilde (p. 40). Los ojos son lo que desde pequeña destacaba en Plácida, incluso para la narradora principal que no la llegó a conocer en vida, es lo que le llamaba la atención: “Te hablo de sus ojos porque los vi.” (p. 24) y son comparados en numerosas ocasiones con los de la virgen de la Angustia: “Y luego, ella, qué abiertos tenía aquellos ojos de la Angustia.” (p. 51). La descripción de su físico evoluciona cuando se queda embarazada de Salvador, lo que se podría ver

como algo positivo y alegre, en ella se ve como algo que la hace una mujer todavía más triste e insignificante. Todo en ella resulta desagradable de ver, como si el embarazo la estuviera matando: “Así la vimos ya deformada por el embarazo” (p. 41). Se describe a una Plácida sobrepasada por el embarazo:

Era bajita y el cuerpo delgadísimo, hundida de pecho, toda ella como arrastrada por el peso de aquel vientre bajo, abultado en forma de higo. Y las piernas deformes, como cortos troncos sin articulación, sin relación alguna con el cuerpo endeble. Se puede decir que arrastraba los pies con dificultad uno tras otro [...] Tenía las mejillas y las orejas hundidas, afilada la nariz, pero los labios abultados, anchos, grávidos también (p. 42).

En esta etapa de embarazada, vemos la descripción de su físico en relación con la naturaleza: su vientre aparece comparado con la forma de un higo y sus piernas con los troncos de los árboles; como si esas dos partes de su cuerpo fueran dos elementos de la naturaleza. El peso de la descripción de Plácida recae en todo momento sobre los ojos y las oscuras ojeras, incluso a la narradora principal es lo que más le llama la atención:

No parecía cansada. No parecía nada. Eran los ojos. Mejor dicho, pienso que eran las ojeras, tan profundas, oscuros surcos tallados en su rostro, y aquella gravidez aparatosa que llevaba indiferente, pero que desasosegaba ver [...] (me pareció delicada, ésa era la impresión: frágil) (p. 43).

La última descripción física de Plácida es de una vez que ya ha fallecido que, como hemos visto, cambia positivamente a ojos de los demás. Clotilde destaca el cambio de tono de su piel de oscuro a claro como algo positivo, los ojos tan destacados en toda la obra aparecen ahora cerrados, lo que hace que no transmita la pena que transmitía con ellos abiertos y sí tranquilidad hasta el punto de que da gusto verla, cosa que no ocurría cuando estaba viva.

En cuanto al atuendo de Plácida diremos que aparece descrito muy pocas veces; hay una descripción parca que nos indica su pobreza y austeridad: “yendo descalza con las alpargatas liadas en el carro para recoger algas a orillas de la mar [...] Plácida en su día a día vestiría una bata de percal negro (p. 11). En su día a día descalza o con alpargatas: “era fácil verla por el largo camino que lleva a Vincios, descalza, para no gastar los zapatos que usaba los domingos, cuando asistía a misa en la parroquia.” (p. 39). Para los actos religiosos lleva zapatos y añade una mantilla a su vestimenta: “Llevaba una mantilla que se le escurría.” (p. 42).

El carácter de Plácida es el de una mujer triste y mansa; los dos únicos momentos del relato en los que Plácida sonríe o parece que esté contenta son cuando nace su hija:

“La cría berreaba, y Plácida echó a un lado la cabeza para verla, y reía, casi. Se lo digo que es la verdad: la niña vino tan ricamente y Plácida estuvo contenta” (p. 48) y cuando ya está muerta: “Plácida estaba allí como sonriéndose de escuchar aquella discusión, sin amargura, porque tenía los labios entreabiertos” (p. 53).

Con todo lo dicho acerca del carácter de Plácida, se podría definir a la protagonista como una mujer pasiva, discreta, conformada, trabajadora, callada, buena, tranquila y triste.

El carácter de Plácida se podría definir por sus gestos y sus palabras, sus posesiones y sus relaciones.

Sus gestos tranquilos que normalmente transmitirían otras sensaciones: “Un gesto rítmico que adormece mirar: de la ola a la arena húmeda, montones de algas detrás de ella, en la orilla. [...] Probablemente pasiva allí, componiendo la belleza de la hora mientras calculaba que cada día pagan menos las algas como abono” (p. 12).

Las palabras de Plácida son escasas pero caracterizadoras. Es una mujer que no habla más que en momentos puntuales; es una mujer callada: “No se sabe si les vieron otros días o no; el hecho es que cuando se dieron cuenta de su estado no hubo dudas, aunque ella no hablara.” (p. 61). La forma de hablar de Plácida es un factor importante para su análisis aunque no hable demasiado. Esto es así porque Plácida en un momento importante como puede ser el hablar con su marido al que no ve desde hace tiempo, elige hablarle en gallego: “Gritaba en el teléfono: « ¡*Que te non ouzo! ¡Digoche que non te ouzo!*» [...] «*Escoita...*» [...] «*Bó, si vivo d’aquela.*» [...] «*Si vivo d’aquela.*» [...] «*Dixo que chamaría dentro de oitos días i engadiu: Ao millor pra entón xa pariches...*».” (p. 14). En las palabras que pronuncia a su marido hay fatalismo que se incrementa con la repetición de sus palabras. Otra circunstancia en la que también habla en gallego es en el momento del parto cuando pide ayuda a las vecinas, hecho que es crucial y definitivo en su vida: “¡*Veciñas, acolleime!*” (p. 46) y también cuando está en pleno parto y comenta lo que le está pasando: “«*Parece que perdo a vista*» [...] «*Perdo...perdo*»” (p. 48). Se podría concluir diciendo que Plácida es un personaje que habla el gallego en todo momento o por lo menos, en el relato es un personaje que cada vez que habla lo hace en gallego: cuando habla con su marido por teléfono, cuando habla con las vecinas o les pide ayuda. Se trata, pues, de un personaje que utiliza el

gallego plenamente, quizás esto sea debido a su pertenencia a la aldea y su estrecha relación con la naturaleza.

Las señas de identidad de Plácida, son sus únicas posesiones: el trabajo, su hijo, la casa y su marido Salvador. Para Plácida, su hijo y su casa sean lo más valioso e importante, son lo único que realmente tiene: “Por fin, Plácida, que no conocía ni podía usar el pronombre posesivo, podía decir, al menos de dos cosas: «mi». Casa e hijo. No sé si del hombre.” (p. 59). Desde mi punto de vista, lo que más caracteriza el personaje de Plácida es el enorme trabajo que hace día a día de manera incansable y sin protesta alguna. Se dedicaba a recoger algas en el mar. “Pero, ¿pensaba Plácida mientras alzaba el brazo, enganchaba las algas, las dejaba en la arena, volvía el brazo... así, y así, y así, sin agotarse, renovándose siempre, lo mismo que las olas?” (p. 12). El trabajo de Plácida en plena naturaleza, en la que se mimetiza con ella, se renueva constantemente. Ya de pequeña empezó a trabajar en los campos: “Pronto empezó a trabajar en los campos. A atarse un pañuelo a la frente breve, a la cabeza mojada o achicharrada, y a inclinar el espinazo hacia la tierra.” (p. 40) y también llevando las cántaras de leche: “Plácida bajaba las cántaras de leche al primer tranvía, carretera adelante.” (p. 59). En definitiva, trabajaba sin parar y para los demás: “Trabajaba para los demás, para otros trabajadores como ella, trabajó hasta el mismo día de ayer...” (p. 44). Plácida trabajó embarazada hasta el día antes de morir, como es habitual entre las mujeres del campo gallego:

En gran porción del territorio español, la mujer ayuda al hombre en las faenas del campo, porque la igualdad de los sexos, negada en el derecho escrito y en las esferas donde se vive sin trabajar, es un hecho ante la miseria del labrador, del jornalero o del colono. En mi país, Galicia, se ve a la mujer, encinta o criando, cavar la tierra, segar el maíz y el trigo, pisar el tojo, cortar la hierba para los bueyes (Pardo Bazán, 1976: 70).

Plácida parecía estar tan integrada con la naturaleza que sus movimientos formaban parte de esta y de ahí que su muerte no llame la atención. Estaba tan mimetizada con la naturaleza que la narradora principal se plantea qué pensarían de ella los árboles y los animales: “¿Qué les parecería, en invierno, cuando la noche cae temprana, aquella menuda criatura humana a los altos árboles descarnados del camino, a los bichos que se arrastran o corretean entre los zarzales?” (p. 39). La misma narradora principal se llega a plantear si Plácida es un elemento más de la naturaleza: “Encendió la vela por los frutos de los demás en aquella mañana calurosa, con un calor pegajoso,

húmedo, penetrándote el cuerpo, o para sí misma? ¿Era ella misma su campo y su fruto?” (p. 44).

El hecho de que Plácida fuera ayudando a los vecinos que se lo pidieran era algo normal que hacían todos en la aldea, era una forma habitual de cooperar unos con otros como se puede leer en *Galicia. Antropología*:

En el pasado la vida social de las aldeas gallegas dependió de formas de interacción fijadas por tradición para institucionalizar la cooperación vecinal. Hubo molinos y hornos de propiedad comunal; se hacían *mallas* para desgranar el centeno y el trigo, a las que acudían todos los vecinos a trabajar varios días de agosto, de sol a sol, en cada una de las casas de la aldea [...] Estas formas de actividad colectiva pueden ser considerados órganos fundamentales dentro de la vida de la aldea gallega, que hoy sólo se conservan en la memoria [...] Pero los motivos por los cuales participaban recíprocamente todos los vecinos de la aldea no puede restringirse a principios materiales que aseguraban la fuerza del trabajo; en ellos influía el concepto de comunidad que tienen muy arraigado en la memoria de su identidad. (Rodríguez, 1997: 167)

Además, Xaquín Rodríguez recalca en *Galicia. Antropología* que la vida social en las aldeas gallegas dependía de estas formas de interacción fijadas por tradición para institucionalizar la cooperación vecinal y describe la aldea gallega como “un espacio de interdependencia vecinal, habitualmente más intensa cuanto más alejada esté de las vías principales de comunicación con los centros urbanos; en cualquier caso, los vecinos más inmediatos son siempre recursos humanos muy estimados” (Rodríguez, 1997: 173).

Plácida, cuando se casa con Salvador vive en una casa propia construida por la gente del pueblo: “Se puede decir que el pueblo les regaló la casa.” (p. 58). La vivienda que construyen a Plácida y a Salvador se asemeja a las chozas de los animales, como si ella también lo fuera dada su relación estrecha con la naturaleza:

La casita que ellos mismos les construyeron, casi como las chozas que tenemos para los animales; sólo dos cuartos: cocina –y cuarto donde vivían; alcoba: donde dormían y vivían también [...] Y en la alcoba (me lo imagino porque he visto multitud así) andan diseminadas, apoyadas contra la pared las herramientas de labor [...] La guadaña en el cuarto de Plácida (p. 22).

La ubicación es al pie del monte, pegada a la casa de la narradora principal. Se trata de un hogar humilde como Plácida y rodeada de vegetación, en plena naturaleza: “una casita apoyada casi al muro de la parte alta del jardín, al pie del monte” (p. 13), “Cerca de los árboles, baja y humilde, con la puerta y postigos cerrados.” (p. 15). Como es tradicional en Galicia:

En Galicia, pues, la “casa” como categoría social real no se refiere sólo al edificio, sino que designa, asimismo, tanto al grupo doméstico que la habita, a

sus posesiones (tierras, animales, herramientas y maquinaria), a la organización y a las relaciones de producción, distribución y consumo [...] “casa” es un término que entronca con el concepto de “familia campesina”; es decir, la casa como equivalente del grupo doméstico representa al mismo tiempo la unidad de identificación social, de producción y de consumo. (Moreno, 1997: 284).

El marido de Plácida se llama Salvador y actúa de alguna manera o por lo menos para Plácida, como su *salvador* como su propio nombre indica. Al casarse con él, consigue independencia y una casa propia. Antes de que Salvador se vaya a trabajar fuera, él es su pilar fundamental. Plácida aparece reflejada en el relato como un ente dependiente de él, que intenta adaptarse al hombre, como un ser insignificante. Ella como luz reflejada de su marido Salvador, él sol y ella luna, es la sombra del hombre:

El error de afirmar que el papel que a la mujer corresponde en las funciones reproductivas de la especie, determina y limita las restantes funciones de su actividad humana, quitando a su destino toda significación individual, y no dejándole sino la que puede tener relativamente al destino del varón. Es decir, que el eje de la vida femenina para los que así piensan (y son innumerables, cumple a mi lealtad reconocerlo), no es la dignidad y felicidad propia, sino la ajena del esposo e hijos, y si no hay hijos ni esposo, la del padre o del hermano, y cuando éstos faltaren, la de la entidad abstracta género masculino. (Pardo Bazán, 1976: 75).

Esta idea era lo habitual en la aldea gallega:

Ella iría a su lado- no es decente ir del brazo, de novios- escuchando las palabras de él, las ambiciones de él, el deseo de vida –lucha y muerte- de él. Le miraría desde aquellos ojos enormes, con las ojeras que el embarazo iba acentuando, sin contradecirle jamás, acoplando sus firmes pasos de trabajadora a la zancada decidida del hombre, como un gozquecillo trota junto al amo, como la sombra pequeña y conmovedora de un hombre cuando vive. (p. 62).

Salvador es como la antítesis de Plácida en cuanto al carácter puesto que se trata de un hombre al que le gusta el jolgorio y es inquieto y alegre. Esto hacía que la vitalidad de Salvador fuera contagiada a Plácida, por lo menos, cuando él aún estaba en la aldea: “Como si ella fuese un tazón para la alegría que se le derramaba por fuera...Estaba de ser. Él tiene tanto movimiento que ella se sentiría contagiada, o es como el sol que te calienta, tan ricamente, así que te da, y si se pone te vuelve el frío. A él le sobraba vida, si se puede decir, y la echó sobre ella, si cabe” (p. 70).

La progenie familiar y las relaciones personales de nuestra protagonista son de vital importancia en la obra. Plácida es una joven que no pertenece a nadie pero a la vez pertenece a todos, ya que ha ido pasando de una casa a otra continuamente. Se quedó huérfana cuando era una niña de pocos meses; su padre, una vez que se quedó viudo, fue asesinado por un hombre de un pueblo cercano. (p. 37-38). Vivió con una mujer de

la aldea que se llamaba Carmela y acababa de perder a su bebé y también con la abuela de esta. Esta vida “de familia” solo duró hasta que cumplió seis años que fue cuando la abuela quedó impedida (p. 39-40). Desde entonces, se empiezan a repartir a Plácida entre los habitantes de la aldea. Plácida iba de casa en casa, y es cuando comienzan las relaciones seudofamiliares de la protagonista: “Es decir, se turnaron para tenerla de casa en casa; así no pesaba en la de nadie” (p. 39). Iba de casa en casa pero no molestaba nunca, era como una persona que estaba ahí pero que a la vez no se notaba su presencia. Se trataba de unas relaciones seudofamiliares puesto que ninguna de las personas con las que vivían eran miembros de su familia y, además, a cambio de vivir con unos y con otros tenía que trabajar y ayudar continuamente a todo el que se lo pidiera: “quizás inconscientemente, supo desde que nació que a cambio tenía que ayudar.” (p. 39). A los cuatro meses de estar con Salvador se casa con él (p. 57). Plácida muere al dar a luz a su hija (p.11) y su hija se queda con la madre de Salvador (p. 52). Aquí hay un paralelismo puesto que tanto ella como su hija son huérfanas. Ni siquiera cuando muere, la madre de su marido o cuñados se molestan en avisar a Salvador, por lo que es Juana la que acaba informándole. Ni la única familia real que podría tener, actúa por ella cuando fallece:

Lo natural, me digo, es que fuera la madre, pero la madre creo que tenía más pena por este trago, ya ve, que por lo otro. «Yo no se lo digo. –Pero mujer-. Yo no.» [...] Los cuñados «no es cosa nuestra, allá las mujeres», y las mujeres –la tía y las sobrinas: «Si la madre no se lo dice...» [...] Pero dieron las nueve y la familia ni aparecer. (p. 67).

La vida de Plácida está marcada por las relaciones seudofamiliares y por la solidaridad que existe entre las vecinas de la aldea. Con todo esto, podemos deducir que la colectividad fue importante para Plácida ya que es una muchacha huérfana que carece de apoyos familiares. El círculo seudofamiliar de Plácida está compuesto por mujeres y estas son las absolutas protagonistas de la vida diaria que se describe en el relato. Este hecho lo podríamos relacionar con el concepto de matriarcado que ha sido cuestión de numerosos estudios. Mar Llinares García plantea en su estudio *Los lenguajes del silencio, arqueologías de la religión* (2012, 53) la historia y opiniones acerca de este concepto que se ha relacionado habitualmente con la sociedad rural gallega; según la estudiosa, la aparición de la idea del matriarcado ya era mencionada por Hesíodo, Virgilio o Estrabón como una acepción que aludía a la existencia de regiones en las que las dominaban las mujeres y la existencia de un estado matriarcal. Hay estudiosos que han mantenido que sigue perdurando en la actualidad como es el caso de J. Caro Baroja que lo mantiene en *Los pueblos del norte* (1943) (en Llinares García 2012: 83). Sin

embargo, no todos los estudiosos han estado de acuerdo con esa afirmación de la pervivencia de un estado matriarcal en Galicia. Vicente Risco (1979: 568) señala en *Historia de Galiza* que la familia gallega siempre fue patriarcal y no hay rastro de que supervivencias de un periodo matriarcal de ningún momento histórico. A pesar de esto, Llinares señala que persiste la idea de que las mujeres gallegas rurales son herederas de las matriarcas antiguas. En relación con esto, la antropóloga H. Kelley (1994) analiza cómo en algunos discursos nacionalistas gallegos la construcción simbólica de la identidad gallega se articula mediante la invención de una mujer “tradicional” gallega, uno de cuyos pilares básicos sería su anclaje en una etapa matriarcal. Esta imagen se aplicaría sobre todo en dos ámbitos: el histórico y el cultural. La mujer es matriarca y simboliza el carácter oprimido de la nación gallega.

La orfandad también es característica de las mujeres que aparecen representadas en el relato. En este caso, son cuatro los personajes que pierden a sus madres cuando son pequeñas: Eduarda, la narradora, Plácida y la hija de Plácida.

Narradora principal

El personaje de la narradora principal carece de nombre: es una voz que cuenta y mira. Esta idea nos llevaría a decir que es una novela de la mirada, puesto que todo lo que escribe la narradora principal se proyecta desde la visión con la que mira a su alrededor. Es importante la mirada de la narradora principal ya que logra que una mujer tan segura como Eduarda la evite: “Se vuelve rápidamente y me mira, pero aparta incómoda la mirada.” (p. 68). Sin embargo, otras veces la que no la mira es la narradora principal: “-¿Cómo era Salvador? –pregunto, sin apartar los ojos de la fronda del árbol.” (p. 56). No aparecen descritos su aspecto físico ni su atuendo. En cuanto a su edad, se puede pensar que se trata de una mujer de mediana edad cuando escribe estas cartas y recompone la vida de Plácida y la suya propia, puesto que cuando la narradora nació, Eduarda ya tendría unos veinte años.

Es una mujer que no vive en la aldea pero que vivió allí en la infancia con su padre y su hermana. En el momento en el que escribe estas cartas simplemente acude ahí de vacaciones a visitar a su hermana Eduarda. Su padre era de la aldea pero su madre no. Ella es única y distinta al resto de los personajes que pertenecen a este ámbito rural puesto que se fue a la ciudad. Cuando visitaba la aldea vivía en la casa de Eduarda y de su padre por lo que también era vecina de Plácida aunque no la conocía, a pesar de

vivir pegada a ella: “(Yo era «vecina» también, con su casa contra el muro alto)” (p. 47).

Su forma de proceder y de pensar difiere en distintas ocasiones de la de las mujeres de la aldea. Esto se podría ver como una diferencia entre la forma de actuar del campo y en la ciudad:

Mejor que ninguna clase, conserva el pueblo en España carácter nacional y el fondo de ideas y sentimientos consagrados por el óleo de la tradición: creo que en todos los países sucederá otro tanto, y que los tipos étnicos más puros, así en lo físico como en lo moral, en el pueblo se conservan, y, sobre todo, en la mujer del pueblo. Adviértese, no obstante, una gran diversidad entre la mujer del pueblo ciudadana y la campesina; y dada la inmensa diferencia que existe entre provincia y provincia peninsular, bien puede afirmarse que en España coexisten diez o doce tipos populares femeniles, cuando menos (Pardo Bazán, 1976: 60)

Así, por ejemplo discrepa del personaje de Juana: “Y a ninguna ha debido parecerle brutal el proceder de Juana. Las cosas se cortan mejor de un tajo.” (p. 67) y sus reacciones evidencian la distancia que la separa de estas mujeres: “Tengo ganas de levantarme, de quitarle el paquete de carne de la mano, de cruzarle la cara a bofetadas. Tengo ganas de protestar airada contra la impávida obstinación del pueblo.” (p. 68).

En cuanto al carácter de este personaje, destaca su gran pesar por la muerte de Plácida, a la que ni siquiera conocía. Este final hace que haya una evolución en la actitud de la narradora principal: de no le importa (indiferencia) a sí le importa (tristeza). Cuando Plácida estaba viva no le producía nada, ni siquiera le importaba lo que se dijera de ella: “Y empezó un largo discurrir sobre Plácida, supongo. Pero como entonces no me importaba.” (p. 43). Quizás porque no la conocía: “Y dirás: ¿quién es Plácida? Repasas velozmente los recuerdos comunes, espigas, hojeas esta carta. En balde. No la conocías. Tampoco yo” (p. 11). La muerte de Plácida la marca profundamente y eso se refleja en sus palabras: “La tristeza total, dulce e insidiosa, porque una mujer [...] haya arrastrado estoica su muerte junto a mí.” (p. 13). Estas cartas que escribe a su pareja son el resultado de la tristeza que siente cuando muere Plácida; aparte de una reflexión, también es una forma de desahogarse. Este sentimiento de tristeza nos recuerda a la morriña gallega: tristura (título de la novela de Quiroga de 1960), tristeza. Además de sentir tristeza, la narradora principal se siente culpable por no haberse preocupado o fijado en ella y siente remordimientos por no haberle ofrecido ayuda: “Y he aquí que me siento como si hubiese hecho el mal o dejado de hacer el bien [...] Es la falta de humana solidaridad lo que me duele.” (p. 20). Este personaje

reconoce que no sufriría así si creyera que no se podía haber hecho otra cosa por Plácida: “Pero yo no sufriría esta sensación de complicidad si algo se hubiese intentado a tiempo” (p. 44). Además de esto, también le influye en esa tristeza la ausencia de su pareja: “todo había influido, quizá también tu ausencia en mí.” (p. 46). Otra muestra de sensibilidad, además de la que exhibe con la muerte de Plácida, es la que le causan los animales cuando lloran: “Yo no pude resistirlo. Me senté al borde de la escalera, escondí la cara en las rodillas levantadas, y sollocé [...] porque de una cabeza no humana caen aquellos goterones de los ojos húmedos y benignos y te sientes morir.” (p. 19).

La narradora principal tiene personalidad, no se deja llevar por las tradiciones de las gentes de la aldea, aunque le hubiera gustado hacer una excepción por Plácida:

Yo no llevaba la vela por nadie; para no singularizarme entre ellas, simplemente. Deseé quizá –creo que sí- buena cosecha al pueblo... ¡Yo la hubiera llevado encendida mi vela por Plácida! Todos –ya que de todos era y de ninguno- debimos ir con el cirio en la mano rogando por aquel campo próximo (p. 44).

Lo vemos tanto el día de San Félix, como cuando muere Plácida: “No voy porque me repele –y me atrae- esa curiosidad insidiosa voraz que aquí despiertan los cadáveres.” (p. 22)

Es una mujer que piensa mucho pero que se calla lo que opina: “Pienso, indignada: «Lo malo es Plácida.»” (p. 53). “Pienso: «Hará falta mucha oscuridad...»” (p. 56).

En conclusión diríamos que es una persona sensible, con personalidad, sincera y poco habladora.

En cuanto a la progenie familiar, la narradora principal es una mujer que se quedó huérfana de madre cuando era tan solo un bebé, igual que nuestra protagonista Plácida, *la joven*: “y así, Eduarda empezó a perder a su padre hasta que le recuperó, solo ya, sin mujer y conmigo.” (p. 33). Su hermanastra Eduarda es la que para ella ejerció de padre: “Eduarda ha sido más bien un padre.” (p. 33). Pero si Plácida y la narradora principal se parecen en que ambas son huérfanas, se diferencian en que la narradora principal ha encontrado un apoyo en su pareja, mientras que Plácida, a pesar de estar casada y embarazada, sigue estando sola. Ahora es la narradora principal la que se preocupa más por su hermana e intenta que Eduarda salga de la aldea a la ciudad: “Cuántas veces la hemos animado, cuando empiezan a prepararse las maletas.” (p. 29). En cuanto a esto,

la narradora también establece una diferencia entre los avances del conocimiento en la ciudad (remedio, idea, eficacia) y los avances tan solo materiales que se han producido en el campo: “En octubre de mil novecientos cincuenta y cinco no me diera cuenta de que la civilización no ha llegado a todos en su más noble aspecto: el remedio, la idea, la eficacia. Han llegado el teléfono, la radio, el multicolor, la trilladora –tan sólo lo manual-, no el noble conocimiento humano.” (p. 44). La antítesis entre el campo y la ciudad que sobre todo recae en lo que argumenta este personaje, también se podría relacionar con la antítesis entre la soledad y compañía. La narradora principal llega a la conclusión de que su hermana Eduarda habla sin parar cuando llega ella en verano porque en invierno no tiene su compañía para poder hablar distendidamente:

Te he dicho algunas veces que me da pena, a ratos, oírla hablar de esa manera lenta, fuerte e interminable, porque pienso que es la obra de su larga soledad de invierno. ¿Habla sola Eduarda cuando tú y yo no estamos? [...] ¿La escuchan los árboles y el agua y la tierra? ¿O llama a Elisa para que la escuche y la mujer se está allí, quieta, en la sombra, para servir de nada, simplemente de razón de hablar? (p. 29).

La soledad de Eduarda en la aldea también deja de ser soledad cuando viene la narradora y sobre todo cuando no está su pareja: “Por esto todos los años prolongo mi estancia, tú lo sabes, aun dejándote, porque sé que son más suyos los días en que tú no estás.” (p. 35) o la soledad de Plácida en la aldea deja de ser tal soledad cuando tiene a alguien con quien hablar y con quien compartir paseos, como le pasa cuando está con Salvador: “Un gran calor en el cuerpecillo de Plácida, un calor enorme: la humanidad, el mundo, la vida en ella. «Compañía...»” (p. 61).

Una seña de identidad importante es el apoyo que tiene de su pareja, diferencia con respecto al resto de los personajes femeninos que aparecen, que carecen de ello. Mientras está en la aldea escribe estas cartas que van dirigidas a su pareja: “(¿Es «escribir a casa» escribirte a ti? Resultan hermosas por elementales las frases de Eduarda. «Casa» concretada en un hombre donde quiera que esté, porque –y ella lo sabe- estos días no estás en nuestra casa.)” (p. 22).

Este personaje es una voz que cuenta lo que ve y lo que le dicen en castellano. El hecho de que lo haga en castellano puede deberse a que vive en la ciudad y no se comunica en gallego como la gente de la aldea. El discurso oral de este personaje es muy débil: apenas se reproducen diálogos en los que participe activamente; es más a través de gestos como las miradas que tiene con su hermana Eduarda. Otro aspecto en el

discurso de este personaje es su capacidad para imaginar conversaciones (atributo primordial de la narradora principal que desarrollaré más adelante): “Probablemente si yo le hubiese dicho: -Qué desgraciada eres, Plácida. Ella me hubiera mirado con sus ojazos mansos, ofendida. «*Qué cousas ten os da vila*»” (p. 23). En la mayoría de conversaciones en las que está presente no participa activamente, pero sí sabemos lo que piensa aunque no lo verbalice. En definitiva, se trata de un personaje que habla poco y que se imagina conversaciones.

Eduarda

Es una de las protagonistas del relato. En cuanto a su descripción física, se trata de una mujer corpulenta y alta, con una lucecilla burlona en sus ojos. (p. 18) que son comparados a los del perro *Toni* que no se separaba de ella: “los ojos pardos veteados de amarillo” (p. 20). Su atuendo de “diario” es sencillo y austero: “Bajé a la parroquia con gabardina, botas altas y pantalón de montar.” (p. 29). Pero, como en el caso de Plácida, cuando hay un acto religioso se pone una mantilla: “Entraba con parsimonia, doblando la mantilla.” (p. 51).

El carácter de Eduarda aparece definido en el relato a partir de distintos aspectos. Atendiendo a los gestos, Eduarda, parece una mujer tranquila; aparte de por tener una edad avanzada, por su forma de ser: “Eduarda bajaba la escalera, pausada y rezongando.” (p.18), incluso con sus gestos transmite tranquilidad, como lo hace Plácida trabajando: “Nacía tranquilidad de sus concretos gestos: pedir la tijera, cortar, entrecerrando los ojos, asegurar con la mano la mantilla.” (p. 21). En Eduarda destaca no solo la facundia verbal con su hermana sino también las miradas que tienen cuando mantienen una conversación: “-¿Vienes? Hay una lucecilla tranquila e indulgente en sus ojos, no necesito contestar, ha sido pura fórmula. Hago vagamente un gesto con la mano.” (p. 21), “La miro. Insiste.” (p.58). A veces Eduarda no la mira cuando le habla: “Entonces me pregunta: -¿No vienes? [...] No me mira a los ojos. Sin más rompe a decir.” (p. 55). Por otra parte, se podría considerar la virilidad como una seña de identidad en Eduarda:

Eduarda ha sido más bien un padre, amante y recia, trabajadora y concreta, sin evasiones ni concesiones. O quizá porque se ocupaba de labores del campo, o porque me quería pero no me besaba. Tal vez porque en lugar de hablarme del pudor o la pureza –no sé por qué pienso que las madres inculcan la pureza- me hablaba del honor. Y en vez de hablarme cosas del corazón me hablaba de la sangre, del nombre... No me hablaba de los hombres, o del posible hombre de

un día para mí. Como si los hombres fuesen sólo nuestro padre y los jornaleros y el párroco. (p. 33).

Es una mujer trabajadora que ha trabajado con el maíz, la siega, las gavillas: “Tiene labia, Salvador. Alguna vez ha venido a casa para ayudarme a recoger el maíz, y trabaja duro, tiene buena mano. [...] Estaba casi entero segado y detrás de él Eustaquio y las mujeres liaban las gavillas. Debíó haber sido labrador, pero aquí no hay fincas que puedan pagar jornales buenos.” (p. 57).

Nos encontramos ante uno de los personajes que también tienen historia y la narradora nos cuenta todo lo relacionado con ella con algo más de subjetividad puesto que Eduarda es su hermana.

El carácter de Eduarda evoluciona, según su hermana, desde que su padre se casa con su amiga. Antes de que eso sucediera, Eduarda debía de ser demasiado seria, por lo que podemos apreciar que ha habido una evolución psicológica en ella. “Quizá de entonces le nace a Eduarda la ironía por sí misma o quizá la heredó.” (p. 33). Carácter burlón heredado de su padre: “Papá dejó de ser burlón cuando ella se iniciaba: fue un relevo.” (p. 33). Otro rasgo de Eduarda es que no es una persona rencorosa: “Asegura Eduarda –y lo hace sin acritud, quizá nunca la tuvo- que de nada se apercibió.” (p. 31). Realmente no se sabe si Eduarda lo llevó bien o mal pero estuvo ahí: “¿Fue feliz Eduarda, con su joven amiga del brazo de su padre? Al menos no les hizo desgraciados a ellos. Y le tocó quedarse, porque la salud en mamá fue esplendor breve.” (p. 33). Aunque Eduarda se caracterice por ser una mujer fuerte y valiente que puede afrontar las dificultades y superarlas, también es una mujer que no se atreve a salir de la aldea, tiene miedo a la vida. Aunque tenga la posibilidad de hacerlo no quiere y su hermana compara esta actitud con un encierro casi conventual:

Pienso, aunque nunca te lo había dicho antes, que Eduarda, eficaz, segura, sonora voz, tiene miedo a la vida, a lo que ella supone «vida» traspuestos estos muros [...] Es –y lo descubro mientras te lo escribo- como una colegiala interna que se mete a monja porque se resiste a una vida distinta, confusamente teme resultar inadaptada, piensa que no le será fácil hallar felicidad, que no sabrá desenvolverse... Y pasa a monja como protección, a rejas como seguridad. Así Eduarda (p. 30).

Otra seña de identidad es que a pesar de la edad, era una mujer que seguía teniendo una gran memoria y precisaba todos y cada uno de los detalles en el discurso: “mientras Eduarda paladea una copa de coñac, tras la cena, hablando de cosas diáfanas y vitales sucedidas durante el día, o en el pasado invierno, o en su vida toda, con una

precisión minuciosa en las fechas [...] A Eduarda le gusta hablar precisando, quizá para afirmarse en que no ha renunciado a días y noches sistemáticos” (p. 28). En el discurso es significativa la forma de hablar de Eduarda para conocerla mejor. Aparece descrita por su hermana como una mujer segura que ahuyentaba todo lo anómalo con sus gestos precisos y su voz gruesa y que podía ahuyentar incluso a los espíritus (p. 18). Tiene una voz distinta cuando trata a los animales: “voz irónica y dulce” (p.18). Pero lo que realmente destaca es la facundia verbal cuando habla con su hermana de lo que sea y no espera a que le responda: “esas cosas que habla Eduarda que es como si pensara en alto...No espera que se le conteste. Calla y vuelve a decir cosas.” (p. 24). Una actitud que se debe a la soledad que siente en invierno cuando no tiene con quien hablar como ya hemos comentado antes. Es una mujer que necesita ser escuchada y por ello incluso llega a darle igual que le conteste su hermana o no. Incluso la manera cómo habla o cuenta las cosas se puede relacionar con su soledad en invierno. La ironía es constante en su discurso: “empieza a hablar con ironía, esas largas parrafadas de Eduarda que la van calmando, mirando hacia el alto cedro del patio de entrada, y parece tomarse a broma a sí misma.)” (p. 25).

En cuanto a la progenie familiar y sus relaciones es importante tener en cuenta la historia de su padre. Este a los cincuenta y cuatro años se casó por segunda vez con una amiga suya (ambas tenían la misma edad aproximadamente, dos años menor la madre de la narradora que Eduarda) que es la madre de la narradora (p. 30). El hecho de que su hermana pequeña fuera huérfana de madre, hizo que su padre delegara en ella el papel de padre/madre. Este último la trataba como alguien mayor y con la obligación de cuidar de su hermana: “hablaba con Eduarda como si fuera una vieja –y aquello era cruel- dando por sentado que se debía a mí” (p. 35). El papel de padre más que de hermana llegó a tal punto que incluso la llamaba hija al despedirse: “Buenas noches, hija” (p. 35). Este hecho es importante para la configuración del carácter de Eduarda puesto que podría verse como la que le arrebató el padre y hace que Eduarda se vea obligada a madurar antes y tener más obligaciones de las que debería. Eduarda ejerce el papel de padre con la narradora principal. Como cualquier padre o madre, Eduarda tenía detalles que iban más allá de ser una simple hermana mayor: “Reñía a Eduarda porque le parecían desgarrados mis trajes [...] Eduarda me ha contado que prohibió con una severidad desusada que me fuesen relatadas cosas tristes” (p. 34).

La madre de la narradora principal y de Eduarda

No sabemos su nombre pero su edad es dos años menor que la de Eduarda (p.30) aunque muere muchos años antes de que escriba estas cartas su hija, que es la narradora principal (p. 30). La madre de la narradora aparece más o menos en la mitad del relato y es evocada a través de comentarios ajenos que le proporcionan una descripción en cuanto al carácter: “Pero mamá tenía, según dicen, aquella alegría [...]” (p. 31). Este personaje aparece sobre todo descrito físicamente y se hace a través de fotografías: “Mamá era tan mujer. La veo en fotografías de entonces opulenta, carnosa y rubia.” (p. 31). Es una descripción física que contrasta con las descripciones de otros personajes femeninos de la aldea ya que aparece descrita con rasgos positivos y diferentes (opulenta, carnosa y rubia). Su aspecto físico lo vemos tanto a través de la visión subjetiva de la narradora principal como por otras personas que lo han comentado: “Pero tú sabes que mi madre era hermosa –no guapa, sino hermosa- y, sobre todo, alegre, reidora [...] Pero mamá tenía, según dicen, aquella alegría explosiva, delirante, manifestación de una devorante vitalidad rebelde por la quietud por la enfermedad.” (p. 31). El único aspecto de su carácter que es descrito (alegría) contrasta enormemente con el entorno rural en el que se encuentran. La diferencia en cuanto al carácter con las otras mujeres de la aldea también ocurre con su hija. Esto se podría explicar porque ambas proceden de la ciudad y son foráneas. Esto haría que piensen y actúen de una manera distinta de la gente de la aldea.

La madre de la narradora estaba enferma y Eduarda la trajo a su casa con el padre de cincuenta y cuatro años para que mejorara ya que eran amigas. (p.30). Se queda embarazada del padre de Eduarda y enferma, y es cuando la alegría que la caracterizaba termina: “Sólo que mamá se quedaba callada muchos ratos, ausente, y se reía menos [...] Mamá escribía largas cartas a sus padres. Un día la encontró con una en la mano y ojos de haber llorado.” (p. 31). Ésta y el padre de Eduarda se fueron de la aldea por la enfermedad y volvió el padre pocos meses después cuando fallece su esposa ya había nacido la narradora principal. “Y le tocó quedarse, porque la salud en mamá fue esplendor breve y los médicos recetaron climas altos, y así Eduarda empezó a perder a su padre hasta que le recuperó, solo ya, sin mujer y conmigo” (p. 33).

Podría percibirse un paralelismo entre este personaje y la protagonista principal en *La enferma* (novela de Quiroga, 1955) que se llama Liberata. Ambas mujeres aparecen en la narración como mujeres postradas en la cama y enfermas sin hablar con

nadie y ambas mujeres tienen un triste final amoroso. En este caso el personaje acaba muriendo después de encontrar el amor y tener una hija y, en el caso de Liberata en *La enferma*, acaba encamada durante veinte años por un desengaño amoroso. El desengaño que sufre la protagonista es que su amado se acabó casando con otra mujer y Liberata se condena al mutismo de por vida.

Clotilde

Clotilde es vecina de Eduarda y también de Plácida, a la que tiene mucho cariño. La apariencia física de Clotilde es descrita cuando recorre el pueblo dando la noticia de la muerte de Plácida: “(Guardo la imagen de una mujer greñuda aunque llevaba el pelo tirante hacia atrás.)” (p. 26). En cuanto al carácter podemos decir que se trata de una mujer sentida a la que le duele muchísimo la muerte de la protagonista, de ahí la manera en la que da la noticia: “Les gritó como si les insultase, como si la hiriese verles jugando allí”, gritaba su muerte con un tono más alto y desgarrado por el dolor que le produce: “Lo gritaba a rebato, corriendo ante las casas.” (p. 26). Mientras la narradora principal a la mañana siguiente se levanta más positiva ya que hacía buen tiempo, tanto Eduarda como Clotilde siguen apenadas. Clotilde pronunciaba unas palabras que invitaban a la tristeza por esa muerte reciente: “Algo en el gesto de Eduarda, con las manos juntas sobre la mesa, inclinada hacia delante, subiendo de las palabras ingenuas, pesarosas, de Clotilde hacia el dolor más grave, más puro y consecuente que la víspera” (p. 47).

Carmela

Carmela es un personaje secundario que aparece en la mitad del relato, y en el momento en el que se narra la historia es una mujer mayor. Se cuenta una breve historia de Carmela que contextualiza el momento en el que acogió a Plácida cuando esta era pequeña. Resulta relevante puesto que Plácida pudo ser como una sustituta de su hija recién fallecida y de ahí su posterior tristeza cuando Plácida muere. Carmela se hizo cargo de Plácida cuando perdió a su hija que aún era muy pequeña (p. 38). Por aquel entonces Carmela era una pobre que trabajaba a jornal (p. 39).

Carmela solo aparece descrita cuando Plácida ha fallecido ya y no en la época que había cuidado a Plácida. La descripción que nos da la narradora principal es la de una señora mayor apenada, cansada de vivir, que sigue trabajando y solitaria: “mujeruca que caminaba doblada bajo el peso de un hato de maíz –o los años, o la pena-. [...]”

Arrastraba los pies al andar –y su vida-. Iba sola, hablando. Decía cosas regañosas, férvidas y menudas: –¡Ay!, Plácida, Plácida... *¿Quen che mandou irte?*” [...] Era un bulto informe y entrañable [...] Aquella pobre vieja había criado a Plácida.” (p. 36). Su forma de hablar resulta quejosa y además, la frase importante que reproduce la dice en gallego, lo que nos deja claro que es el idioma en el que se expresa habitualmente.

La abuela de Carmela

De este personaje solo se describen físicamente dos aspectos: que no tenía dientes y que tenía unos ojos pitañosos. En cuanto al carácter, se dice que era una señora encorvada pero también una mujer muy trabajadora: “y la abuela, desdentada, retorcida, con ojos pitañosos, sacaba aún la única cabra al camino porque hasta el fin de sus días tenía que aportar.” (p. 39). Como seña de identidad podemos destacar que trabajó hasta el fin de sus días, valor que pudo transmitir a Plácida. Este personaje del que apenas tenemos información marca un antes y un después en la vida de Plácida porque a raíz del invalidez de este personaje, Plácida empezó a rotar por las casas de la aldea y a trabajar para los demás: “Cuando la abuela de Carmela quedó impedida empezaron a repartirse a Plácida.” (p. 39).

Elisa

Este personaje ejerce el papel de la chismosa del pueblo que se entera de todo y que va de aquí para allá contándolo a los demás sin ningún reparo y respeto cuando la persona de la que habla (en este caso) ya ha fallecido. Informa sobre el embarazo de Plácida: “Elisa me lo dijo: «¿Sabe? Plácida está de Salvador.»” (p. 57). Es a través del discurso oral cómo se entera de las cosas y ella lo retransmite igual: “Lo contó Elisa, se enteró en el pueblo, de paso que bajaba a comprar la carne.” (p. 67). Habla y se muestra como es en su discurso: “No paraba quieto en ningún sitio: «Ahora estoy aquí y quiero ir para allá.» Y dale y vuelta... Cuando lo de Plácida yo pensé: «Ése, por no dejar de conocer a una...» Pensé mal, ya ve. Pero es que no se me hacía que fuera a agarrarlo precisamente Plácida.” (p. 69), “Y Plácida se lo tenía tragado, que no era boba, ni un pelo de boba.” (p. 70). Podríamos relacionar a este personaje con Clotilde y Juana ya que las tres realizan el papel de informadoras pero en este caso, también se aprecia cierta maledicencia en su discurso, sobre todo en lo que tiene relación con Salvador.

Juana

Juana, la del teléfono no aparece descrita físicamente y tampoco su atuendo.

El lugar del trabajo de Juana, la del teléfono es una cabina que es “el recodo junto a la escalera donde almacenan las cajas de galletas” (p.13). Juana ya desde el comienzo destaca por ser una chismosa y contar cómo había visto a Plácida en determinadas situaciones como cuando llamaba su marido Salvador por teléfono y Plácida apenas tenía reacción (p. 13).

Sabemos que tiene cinco hijos porque se lo dice a Plácida después de que esta hablara con su marido: “Ya me ves a mí, que soy más o menos, y tuve a los cinco.” (p. 14).

El hablar de Juana se puede calificar de rudo y desagradable cuando avisa a Plácida de que tiene una llamada y le grita: “¡Conferencia, Plácida! Que es para ti” o cuando le dice “«¡Háblale! ¡Contesta! ¡Que corre el tiempo!»”. (p. 14). Es una chismosa y metomentodo. Por cómo trata a Plácida en ese suceso parece una mujer que no tiene paciencia y muy crítica; llega a criticar a Plácida el qué le ha dicho a su marido siendo alguien que no tiene nada que ver con ellos: “«También tú, decirle eso al hombre, sólo se te ocurre...Más te valiera seguir callada. Ahora le habrás metido preocupación.»” (p. 14).

Es la que da la noticia a Salvador de la muerte de Plácida y lo hace en castellano: “al oír que era conferencia y comprender que por fin, sí, se trataba de Salvador, echó para delante tan tranquila” (p. 68).

Rufa

Es un personaje que sólo tiene función en la escena en la que Plácida da a luz. La señal de identidad de Rufa es que ha ayudado a dar a luz a muchísima gente de la aldea, es la comadrona. “Todas tenemos práctica, ya se sabe, pero en esas llegó Rufa, que ha traído a media parroquia al mundo. «Bueno, Plácida, más nervio, ¡montre!», le dijo, riéndose y remangándose, porque aquello venía ya [...] Rufa corrió por vino a la cocina (p. 48). Su discurso es coloquial.

En conclusión, diríamos que la obra se centra principalmente en personajes femeninos, que se describen más moral que físicamente con excepción en el personaje de la narradora principal y en Plácida. Además, todas estas mujeres tienen una

caracterización similar: son mujeres solidarias, huérfanas y trabajadoras. Por otra parte, hay alguna de ellas que destaca por las miradas (en el caso de Eduarda y la narradora principal) y por el discurso oral (Eduarda, Elisa, Clotilde, Carmela). A través de las miradas y del discurso oral, estos personajes dan información acerca de sí mismos. Finalmente, destacar que entre los personajes existe una diferencia principal que es: los que viven en la aldea y los que viven en la ciudad. Esto se relaciona con la soledad que sienten los personajes que viven en la aldea como es el caso de Eduarda, frente a la compañía de la narradora principal en la ciudad. Además de la soledad o compañía, también difieren estos personajes en la forma de pensar y de proceder; evidenciando la importancia que tiene pertenecer a un espacio o a otro y los avances de la ciudad con respecto al atraso de la aldea.

III. – NARRADORAS

El narrador es esencial en el relato puesto que es quién nos cuenta y nos informa acerca de los personajes y la trama. En esta narración no solo encontramos la voz de un narrador sino de varios: “El prosista-novelista [...] admite en su obra el plurifonismo y el plurilingüismo del lenguaje literario, no disminuyendo, de esa manera, las cualidades de la obra, sino, antes al contrario, contribuyendo a su profundización (ya que contribuye a su conciencia individualizadora)” (Bajtín, 1989: 115). Indica que esta es una característica específica del género novelesco.

A partir de la idea de la información que puede tener el narrador surge la teoría del punto de vista o focalización. La focalización ha sido muy estudiada por G. Genette y es del que partiremos para analizar a las narradoras del relato. La focalización la define como “una restricción de «campo», es decir, de hecho, una selección de la información con relación a lo que la tradición denominaba *omnisciencia*.” (Genette, 1998: 51). Desde el punto de vista del teórico francés existen tres tipos de focalizaciones: la interna, la externa y la focalización cero. La focalización interna consiste en que el relato se cuenta desde el punto de vista de uno de los personajes que participan en la trama pero no se da plenamente puesto que a veces se pueden dar *paralepsis* (fenómeno que consiste en proporcionar datos sobre la conciencia de algún personaje). “En la focalización interna, el foco coincide con un personaje que se convierte en el «sujeto» ficticio de todas las percepciones, incluidas las que le afectan como objeto: el relato *puede* decirnos, entonces, todo lo que percibe y piensa ese personaje” (Genette, 1998: 51). En la focalización externa el narrador no forma parte de la historia y solo conoce lo que dicen y hacen los personajes; en este tipo de focalización, el narrador puede hacer un discurso narrativizado, traspuesto o un discurso citado. El tercer tipo de focalización que distingue G. Genette es la focalización cero que se da cuando el narrador no forma parte de la historia, como en la focalización externa, pero sabe todo de los personajes, incluyendo sus sentimientos; además de conocer todo lo relativo a los personajes también controla el tiempo y el espacio, este tipo de narrador es el que tradicionalmente se conoce como narrador omnisciente. G. Genette (1989: 313) establece tres tipos de niveles narrativos: el nivel extradiegético, donde el emisor es el narrador, y el receptor es el lector; el nivel intradiegético, donde el emisor es un personaje, y el receptor, otro; y el nivel metadiegético, cuando dentro de la narración se produce una segunda narración.

En *Plácida, la joven*, centrándonos en la narradora principal, nos encontramos ante una focalización interna puesto que la narradora es un personaje de la trama y se cuenta desde su punto de vista. Es una narradora-testigo: “No era rebelde, Plácida, no había en ella fermento alguno, ni acidez...Ser pobre o no tener suerte era para ella una cuestión parecida al sexo, o a la estatura, o al color oscuro de sus ojos enormes, asombrados.” (p. 24).

Sin embargo, la historia no se cuenta desde un único punto de vista sino que se trata de una narración polifónica en la que cada personaje-narrador tiene sus propias particularidades con las que aporta información al relato de la historia:

El prosista no depura las palabras de intenciones y tonos ajenos, no destruye los gérmenes del plurilingüismo social, no arrinconas las figuras lingüísticas y los modos del habla (potenciales personajes-narradores) que asoman tras las palabras y las formas del lenguaje, sino que dispone todas esas palabras y formas a distancias diferentes del núcleo semántico último de su obra, de su propio centro intencional. (Bajtín, 1989: 115)

Se utiliza una narración en primera persona por parte de la narradora principal y también por los otros personajes:

La distinción habitual entre relatos «en primera» y «en tercera» persona actúa en el interior de ese carácter inevitablemente personal de todo discurso, con arreglo a la relación (presencia o ausencia) del narrador con la historia que cuenta: «primera persona» indica su presencia como personaje mencionado, «tercera persona», su ausencia como tal. Es lo que yo denomino, a mi juicio, menos ambiguos, narración hetero- u homodiegética (Genette, 1998: 67).

Esta otra narración homodiegética se lleva a cabo a través de cinco personajes que son: la narradora principal, Juana, Eduarda, Clotilde y Elisa. Estas narradoras son esenciales para el relato de la vida y la muerte de Plácida ya que este relato se construye por lo que cuentan las mujeres que la conocieron y no solo por lo que se imagina la narradora principal. Esto quiere decir que se da una focalización múltiple en la que el cambio de foco va acompañado de un cambio de narrador.

Estos cinco personajes y también Salvador ejercen distintos papeles en la novela y además, cuando narran cada uno tiene su propia perspectiva y un particular modo de contar.

El discurso en este relato es bastante importante sobre todo, en relación con Plácida. La oralidad se utiliza en todo momento para la caracterización de la protagonista puesto que la mayoría de los datos que tenemos es a partir de los diálogos entre otros personajes (Clotilde, Eduarda, Elisa, Juana) que hablan sobre ella y

recuerdan experiencias vividas, conversaciones que les han contado otras personas o conversaciones en las que participa directamente Plácida.

Narradora principal

El discurso de la narradora principal se caracteriza por estar redactado en forma de epístola: “Estaba escribiéndote esta carta -¿cuánto tiempo llevo escribiéndote? ¿Es ésta una carta o una manera de ordenar el dolor?-. La dejé ayer hacia la mitad y he continuado ahora” (p. 63). La misma autora de las “cartas” se plantea si lo que escribe son cartas o una manera de desahogarse. Si consideramos que está redactado en forma de epístola es porque en todo momento se dirige a su pareja y lo tiene presente continuamente. A pesar de esto, hay motivos por los que no podemos considerarla como una carta al uso. En cuanto a aspectos formales, la carta, como señala Florie Krasniqui (2014: 60), contiene una serie de parámetros fijos: la fecha, la localización general o exacta, una serie de formas convencionales para el encabezamiento y el saludo, el cuerpo que suele hacer referencia a la carta o a cartas anteriores enviadas y recibidas, la despedida y la firma. Parámetros esenciales de la carta que no aparecen en nuestra novela. Además de esto, en este relato corto carecemos de un intercambio textual entre emisor y receptor: tal solo contamos con la escritura de la emisora. Ana L. Baquero Escudero (2003: 178) analiza relatos epistolares de varias escritoras del siglo XX como Carmen Martín Gaité, Carmen Riera, Laura Freixas, Marina Mayoral o Esther Tusquets con las que encontramos aspectos innovadores similares: el *tú* siempre presente, la discontinuidad y fragmentación de los recuerdos, la escritura epistolar originada como desahogo, un fluir de conciencia sin una motivación explícita, la polifonía y el perspectivismo...

Cuando la narradora principal relata lo que otros personajes le han contado (oralidad) lo hace a través de un discurso indirecto: “Al día siguiente me dijo que era «para que durmiera tranquila.»” (p. 55). Este tipo de discurso hace que perdamos información más allá del propio contenido de las palabras: “el «paso» de lo oral a lo escrito neutraliza de forma casi irremediable las particularidades de la elocución: timbre, entonación, acento, etc.” (Genette, 1998: 36).

La manera de transmitir es importante en la narradora principal puesto que ella no puede hablar de Plácida directamente. El discurso de la narradora en cuanto a lo que dice de Plácida es un discurso hipotético la mayoría de las veces puesto que se imagina

todo lo que tiene que ver con ella por lo que sabe de ella por otras personas. Este tipo de narración hipotética la lleva a cabo a través del condicional, del futuro o de adverbios de duda o posibilidad. La narradora utiliza el condicional para describir cómo iría Plácida a recoger las algas aunque realmente no lo sepa: “Plácida vestiría una bata de percal negro.” (p. 11). La narradora principal también utiliza el condicional para describir cómo serían sus gestos: “Plácida se remangaría las sayas.” (p. 12). En este caso, utiliza el futuro para describir lo que haría la gente de la aldea que tampoco sabe: “Y entrarán y saldrán en improvisado jubileo de la casita que ellos mismos les construyeron.” (p. 22). El uso de adverbios de posibilidad para describir su carácter o su forma de actuar en determinadas situaciones: “Probablemente pasiva allí” (p. 12), “Quizá cuando divisara la suya [...] no se decidiera a entrar así.” (p. 15), “Probablemente si yo le hubiese dicho.” (p. 23), “Y empezó un largo discurrir sobre Plácida, supongo.” (p. 43). Todos estos ejemplos manifiestan el carácter imaginativo cuando habla de comportamientos de Plácida puesto que realmente no ha sido partícipe de ellos. Por otra parte, utiliza el indicativo cuando son sentimientos propios que sí son la realidad, su realidad: “Aún hoy, ya ves, te lo aseguro, miro por esta ventana del despacho hacia el patio de entrada con su cerro gigante, y todo lo percibo a través de esta suerte de entristecido estar.” (p. 11).

Otro rasgo distintivo en cuanto a la narración de la narradora principal es que mientras escribe se hace preguntas retóricas como si estuviera preguntando a alguien, pero realmente se está preguntando a sí misma: “¿Cómo era el pueblo en donde estaba Salvador? ¿Cómo las mujeres? ¿Bebía Salvador en la taberna?” (p. 15), “[...] ¿Habla sola Eduarda cuando tú y yo no estamos? [...] ¿La escuchan los árboles y el agua y la tierra? ¿O llama a Elisa para que la escuche y la mujer se está allí, quieta, en la sombra, para servir de nada, simplemente de razón de hablar?” (p. 29). La narración se construye a la vez que el discurso de la propia narración, escribe lo que piensa en el momento de la narración: “¿La hubiese preguntado si todo marchaba bien, si se había analizado, si un médico la había reconocido?” (p. 43). “¿Por qué está, en realidad, tan enfadada Eduarda?” (p. 56).

El destinatario del escrito es una necesidad de la narración ya que se cuenta en forma de carta. Este es su pareja y está muy presente en el relato: tiene un conocimiento sobre él y sobre sus movimientos que nace de la costumbre. En muchísimos momentos de la narración se pregunta cómo reaccionaría, qué respondería, qué diría, incluso se lo

imagina en sitios de la casa en los que estaría y no está: “Te adivino asombrado: « ¿Qué le pasa?»», o riéndote: « ¡Esta mujer...! » [...]” (p. 9), “Sé –fijo sé- que al abrir la puerta del cuarto, sin encender la luz, veré el balcón abierto y a ti, acodado en el balcón, mirando hacia afuera.” (p. 35), “A veces te impacientas porque me llevo la mano a la boca” (p. 28).

Eduarda

Hay una conversación entre Eduarda y su hermana cuando Plácida está embarazada en la que esta última le pregunta quién era la que estaba a punto de dar a luz. Eduarda parece ser que le contesta extensamente pero la narradora principal no lo reproduce porque no prestó atención. (p. 43). Más adelante, hay una conversación entre Eduarda y su hermana en la que esta le cuenta lo guapa que está Plácida cuando ya ha fallecido. En esta conversación que parece más ser un monólogo, Eduarda describe a Plácida. Utiliza partículas interrogativas típicas de la conversación: “Lástima que no vinieras, mira. [...] ¿Te molesto? [...] ¿verdad? [...] ¿sabes? [...] ¿Comprendes?” (p. 53). Eduarda también utiliza diminutivos para describir a Plácida y a su hija: “-Pobrecilla” [...] está muy hechita.” (p. 52). En una conversación con Elisa en la que hablan de Salvador, utiliza: “¿eh, Elisa?” (p. 69) para que corrobore su opinión sobre Salvador. Eduarda para relatar algo reproduce una parte de su conversación con Salvador y después una parte de su conversación con Elisa para aportar mayor veracidad a su relato. Utiliza coloquialismos: “Iba de cuatro meses [...] anduviera de amores [...] No le paran los pies en ningún sitio [...] les encanta terciar” (p. 58). Eduarda relata pero también da opinión: “Y él dicen que se irritó «pero se le veía tan contento», dice Eduarda.” (p. 61).

Clotilde

Cuando se recuerda cómo Plácida iba de casa en casa, trabajando de lo que le dijeran, la narradora principal reproduce una conversación en la que Clotilde habla sobre Plácida. Clotilde describe a Plácida de una manera cariñosa y sincera. En su forma de contar, se ve que es una mujer que ha vivido mucho y conoce muy bien la aldea. Clotilde, a la vez que describe físicamente a Plácida como “poca cosa”, la valora como la mejor en el trabajo: “Plácida...poca cosa, pequeñita, ruin de carnes, pero resistente. ¡Dios, le lucía el trabajo como a nadie!” (p. 40). Utiliza coloquialismos como pueden ser: sacho, demontre, bonitísimas... (p. 41). Más adelante relata cómo fue el parto de

Plácida paso a paso, describiendo absolutamente todo, sin dejarse un solo detalle. Clotilde utiliza expresiones coloquiales como: “andaba ya en los dolores”, “nos creímos que...”, “montre”, “se sentía como descoyuntada”, “ya libraste, mujer”, “se había puesto tan blanca en un amén”, “aquello era que se le iba la sangre de por dentro”, “marchó a escape”, “me arranqué a llorar” (p. 51). “«¿Se cree él que la va a querer más que nosotros?», dijo Clotilde del médico.” (p. 63).

Elisa

Elisa relata a Eduarda y a su hermana lo que le han contado por el pueblo cuando iba a comprar la carne. Partículas propias de un discurso dialogado: “ha de ver [...] me digo [...] ya ve [...] digo yo [...] Y fíjese”. (p. 68). Utiliza expresiones coloquiales: “andaban soltándose las unas a las otras [...] les ha dado una noche perra [...] subió a casa como un rayo.” (P. 67), “no se me hacía que fuera a agarrarlo precisamente Plácida”, “Estaba de ser”... (p. 69). Elisa ejerce un papel similar a Clotilde, ambas son informadoras y utilizan un discurso lleno de coloquialismos con los que logran dar un mayor énfasis a lo que dicen y haciendo que su discurso resulte más duro.

Juana

Juana es un personaje secundario que ejerce el papel de informadora. No informa mediante la escritura sino mediante la oralidad. Es la narradora principal la que reproduce textualmente en el texto las conversaciones en las que Juana ha participado o que ha escuchado. Juana relata dos hechos: cuando Plácida recibe la llamada de Salvador y la conversación con Salvador en la que le comunica la muerte de su mujer. Por lo tanto, Juana narra mediante el diálogo con otras personas lo que ocurrió en determinado momento y lo que pensaba ella: “-...esperando. Cada vez que sonaba el timbre del teléfono ni se movía. Tenía yo más ansia. Le grité desde la cabina...” (p. 13). “[...] Parecía como tonta, le digo, o como dormida. Yo la apuraba: « ¡Háblale! ¡Contesta! ¡Que le corre el tiempo!» Y ella me miraba entontecida.” (p. 14). Al reproducir el diálogo de manera directa parece que nos encontremos también ahí y podamos caracterizar mejor a los personajes y pensar en cómo son mediante sus palabras. La narradora principal también reproduce la conversación que según Juana, tuvo con Salvador y cómo acontecieron los hechos, pero esta vez de manera indirecta aunque utiliza el verbo en presente para darle más veracidad, como si se lo estuviera contando Juana en ese momento y ella lo estuviera escribiendo:

Dice que dijo: « ¿Está ahí la Plácida?» Y Juana: «No. Va en tierra.» Le salió así, sin más, de una vez. Y Salvador: « ¿En qué tierra?», como asombrado, creería que marchó a otro sitio. «Enterrada, hombre, que la dieron tierra ayer.» Y fíjese, se pensó que no la había oído, porque dijo: « ¿Ula?» Y Juana volvió a decir con paciencia, despacio, para que lo entendiese de una vez: «La dieron tierra ayer, que se murió, ¿sabes? Pero te dejó una niña preciosísima, ¿sabes?, y la tiene tu madre.» No sabe si oyó esto, porque dice que le pareció que colgaba cuando lo de la niña” (p. 68).

Uso de la partícula: “¿Sabes?” Que es típica en el discurso oral, por lo que así da la impresión de que estuviéramos presentes en esa conversación.

Salvador

Es un personaje que apenas tiene presencia en el relato. Solo participa en un pequeño diálogo con Plácida cuando se despiden (p. 61) y cuando habla de ella a sus amigos (p. 62). Solo aparecen sus palabras en relación con su pasado en la aldea con Plácida. La narradora principal se imagina cómo sería Salvador con Plácida, qué haría en tierras lejanas, cómo reaccionaría ante la muerte de su mujer... Es un personaje que carece de importancia en relación con la acción del relato ya que apenas participa activamente: no se encuentra en la aldea en el momento de la escritura. Su importancia recae en su ausencia y en la tristeza y soledad que siente Plácida a raíz de su partida, algo que era muy normal en la sociedad rural de ese tiempo:

La emigración y el rey constantemente les arrebatan el amante, el hermano, el marido, sostén de una familia siempre numerosa; y así, abandonadas, llorando su desamparo, pasan la amarga vida entre las incertidumbres de la esperanza, la negrura de la soledad y las angustias de una perenne miseria. Y lo más desconsolador para ellas es que todos sus hombres se van yendo, unos porque se los arrebatan, y otros porque el ejemplo, las necesidades o, a veces, una codicia, aunque disculpable, ciega, les hacen abandonar el lar querido de aquella a la que aman, su esposa, madre ya, y sus numerosos hijos, tan pequeños que aún no aciertan a adivinar, desdichados, la orfandad a la que los condenan. (Castro, 1985: 24)

La narradora principal utiliza el condicional para plantearse hipotéticamente qué le parecería Plácida a Salvador cuando estaban juntos en vida: “¿Qué le parecería Plácida a él? Como un animalillo efusivo y torpe, como un animalillo que te lame aunque le perjudiques.” (p. 61). “La vería pequeña, sin lavar, despeinada, endeble, lo que para un campesino significa «mujer fea», que no sirve para nada. ¿La vería delicada también? ¿Le brotaría al hombre entonces la ternura?” (p. 61).

Elisa es la que cuenta a Eduarda y a la narradora principal lo que hacía Salvador con respecto a Plácida: “Pues, ahí tiene: hablaba de ella como si estuviese por sobre las

demás...Como si ella fuese un tazón para la alegría que se le derramaba por fuera... Estaba de ser.” (p. 69).

Al final del relato Salvador, el hombre que había sido el pilar de Plácida y el que era luz que reflejaba sobre su esposa, deja de ser lo que era sin ella:

Un hombre tonto, ahí tienes, me imagino a un hombre inhibido durante unos instantes, privado de las funciones del ser, porque habrá habido un desgajamiento, un vacío o un paralizarse de todos sus resortes bajo aquel choque enorme, cósmico. «¡Tan joven!» Habrá desaparecido la mujer aviejada de los últimos tiempos. Ahora le parecerá, al pensar en ella, una cosa pequeña, tibia y dulce, sin protestas. Y habrá abierto las manos, mirándoselas, como si retuviera en ellas algo pequeño, tibio y dulce. Hizo, quizás, inconscientemente, el gesto humano de palpar a tientas. (p. 71).

Se trata de un personaje que aparece a través de voces interpuestas en las que se ofrece la imagen que tiene de Plácida. Salvador es un hombre subordinado a los personajes femeninos: a Plácida y a las mujeres narradoras que son las que hablan de él.

Como conclusión, diríamos que hay una diferencia principal entre las narradoras y es que la narradora principal transmite mediante la escritura y las otras narradoras “secundarias” lo hacen mediante la oralidad. Una oralidad que está llena de coloquialismos en castellano (Eduarda, Clotilde, Elisa) y una oralidad en gallego por parte de Plácida, Salvador y Carmela.

Conclusiones

A modo de conclusión, podemos decir que estudiar esta novelita ha supuesto un reto por la falta de bibliografía acerca de la obra de la autora. Estamos ante una gran escritora de la época de posguerra que, a pesar de no haber sido apenas valorada, merece estimación por obras como esta. A lo largo del trabajo, se ha dejado constancia de la importancia y el valor que Elena Quiroga da a las mujeres ambientándose, en este caso, en el espacio gallego que tan bien conocía.

Como escritora, centrándonos en este relato en particular, destaca la importancia absoluta que tienen las mujeres. Quizás esto se podría ver como una actitud reivindicativa para esa época ya que todo el protagonismo lo reciben estas mujeres y de una manera muy positiva. Por otra parte, la presencia del hombre en la novela solo se percibe en un personaje que además, carece de importancia por sí mismo y está subordinado a la mujer.

Tras el análisis realizado, comprobamos que la novela resulta singular en muchos aspectos. En cuanto a la forma, es llamativo que esté redactado como una epístola aunque en realidad no lo sea, ya que tan solo contamos con la escritura de la emisora. Este aspecto hace que podamos considerar que simplemente se trata de una narración en forma de epístola que sirve a la narradora principal como fuente de desahogo y no se pretende un intercambio de correspondencia. Además, es singular que se trate de una narración *in extremis* que se construye sobre todo por lo que dicen los personajes-narradoras acerca de Plácida y no por la información que tiene la narradora principal de la protagonista, ya que no la conocía. La muerte de Plácida pone de manifiesto las diferencias que existen entre la aldea y la ciudad en numerosos aspectos: el pensamiento, los tiempos que corren en uno y otro lugar, la soledad frente a la compañía, el gallego frente al castellano... Caracteriza a las mujeres de la aldea como mujeres trabajadoras, habladoras y solas frente a la narradora principal que habla poco y que tiene pareja a la que se dirige en su escrito. La protagonista con su nombre "Plácida" nos indica cómo es interiormente y también es descrita físicamente hasta en tres momentos distintos de su vida; mientras que, el personaje de la narradora principal tan solo es una voz, no sabemos su nombre, aspecto que nos hace creer en su discurso como real y objetivo, a pesar de no ser así.

Elena Quiroga era huérfana de madre, aspecto que aparece reflejado en varios personajes femeninos del relato (Plácida, la hija de Plácida, narradora principal). Esto es algo común en esa época y en ese espacio gallego en el que destaca la capacidad de la mujer para sobreponerse a todo. Otro aspecto a destacar es la emigración del hombre en busca de trabajo, que se representa en el personaje de Salvador y con ello, la capacidad de superación y el trabajo indispensable de la mujer en soledad. Plácida muere y mantiene la tierra en sus uñas: ha sido una mujer que ha estado en permanente contacto con la tierra por su trabajo incansable.

Este relato podría ser un homenaje a las mujeres del campo en la España de posguerra, que no han sido suficientemente valoradas. Elena Quiroga logra hacer esto representando a los personajes femeninos como protagonistas y dotándoles de la independencia y valor que tuvieron.

Bibliografía

BAJTIN, Mijail, *Teoría y estética de la novela*, Madrid, Taurus, 1989.

BAQUERO ESCUDERO, Ana L., *La voz femenina en la narrativa epistolar*, Cádiz, Universidad de Cádiz, 2003.

BOBES NAVES, M.C., «Los signos para la construcción del personaje de novela», en *Teoría semiótica. Lenguajes y textos hispánicos. Volumen I de las Actas del Congreso Internacional sobre semiótica e hispanismo celebrado en Madrid en los días del 20 al 25 de junio de 1983*, Madrid, CSIC, 1984.

BOBES NAVES, M.C., «El personaje novelesco: cómo es, cómo se construye», en Mayoral, Marina. (coord.), *El personaje novelesco*, Madrid, Cátedra, 1990.

BORING, Phyllis, *Elena Quiroga*, Boston, Twayne Publishers, 1977.

DE CASTRO, Rosalía, *Follas novas*, Madrid, Akal, 1980.

GALDONA PÉREZ, Rosa Isabel, *Discurso femenino en la novela española de posguerra: Carmen Laforet, Ana María Matute y Elena Quiroga*, La Laguna, Santa Cruz de Tenerife, Universidad de La Laguna, 2001.

GENETTE, Gérard, *Figuras III*, Barcelona, Lumen, 1989.

GENETTE, Gérard, *Nuevo discurso del relato*, Madrid, Cátedra, 1998.

KRASNIQUI, Florie, *La carta literaria: historia y formas*, Tesis Doctoral, Universidad de Granada, 2014, [en línea], [fecha de consulta: 7 de abril de 2018], disponible en <http://digibug.ugr.es/handle/10481/34162>

LLINARES GARCÍA, Mar, *Los lenguajes del silencio: Arqueologías de la religión*, Madrid, Akal, 2012.

MAESTRO, J.G., “Semiología del personaje literario. *La melodramática vida de Carlota-Leopolda*, de Julia Ibarra”, 1994 [en línea], [fecha de consulta: 5 de marzo de 2018], disponible en <<https://dialnet.unirioja.es/descarga/articulo/144135.pdf>>.

PARDO BAZÁN, Emilia, *La mujer española*, Madrid, Editora Nacional, 1976.

QUIROGA, Elena, *Plácida, la joven* (1970), Barcelona, Plaza & Janes Editores.

QUIROGA, Elena, *Tristura* (1984), Barcelona, Plaza & Janes Editores.

QUIROGA, Elena, *La enferma* (1962), Barcelona, Noguer.

MORENO FELIÚ, Paz (1997), “De la ficción del matriarcado a la economía informal: modelos y relaciones de género en la cultura gallega”, en Francisco Rodríguez Iglesias (ed.), *Galicia. Antropología. Tomo XXVI. Artesanía. Sociedad*, A Coruña, Hércules de Ediciones, S.A., 1997, vol. 26, pp: 264-292.

RODRÍGUEZ CAMPOS, Xaquín, “La organización social y el territorio en la Galicia tradicional: aldeas, parroquias y municipios”, en Francisco Rodríguez Iglesias (ed.), *Galicia. Antropología. Tomo XXVI. Artesanía. Sociedad*, A Coruña, Hércules de Ediciones, S.A., 1997, vol. 26, pp: 158-189.

SPANG, Kurt, “La novela epistolar: un intento de definición genérica”, *RILCE*, XVI, 2000, pp. 639-656.